

El Cuento Semanal

EL MILAGRO DE LAS ROSAS

NOVELA POR FRANCISCO VILLAESPEA

ILUSTRACIONES DE ESTEVAN



2

30 cénts.

El Cuento Semanal

Se publica los viernes

Oficinas: Fuencarral 90

Teléfono 2054

Apartado de Correos núm. 409

Madrid

AÑO I - 10 MAYO 1907 - N.º 19

Precios de suscripción:

Madrid y provincias: Trimestre 3,25 pesetas.

Semestre 6 pesetas. Año II.

Extranjero: Semestre 10 pesetas. Año 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos

Mañana se pone á la venta la tercera edición del núm. 1 de EL CUENTO SEMANAL, titulado „Desencanto”, por Jacinto Octavio Picón.

Libros y Revistas

Ensayos de crítica. — Por Antonio de Zayas. — Imprenta de A. Marzo. Madrid.

Forman este volumen varios notables trabajos de crítica histórica y literaria que acusan en su autor una ilustración honda y varia.

El libro de mi amigo. — Por Anatolio France. Versión española de Luis Ruiz Contreras. Administración: calle de Alcalá, 140. Madrid.

Esta novela es, probablemente, la más interesante de cuantas la pluma fecunda de Anatolio France ha producido, sin duda por ser la más «vívida», la más personal. Es, casi, una autobiografía sobre la que aletea una larga, interminable sonrisa, de dulce humorismo, que el distinguido literato Sr. Ruiz Contreras ha sabido conservar fielmente.

Marinera. — Monólogo en prosa, original de Joaquín Dicenta, estrenado en el teatro de la Princesa para beneficio de la actriz Aguglia Ferrau la noche del 11 de Febrero de 1907.

Ecos del Hudson. — Hemos recibido el cuaderno primero de estas interesantes crónicas de viajes que ha empezado á publicar en la Habana el distinguido escritor Homero Seris.

Hojas Selectas. — Revista que publica la casa Salvat y Compañía, de Barcelona.

El número correspondiente al presente mes de Mayo no cede en amenidad á los anteriores. Sumario:

«El prólogo de una epopeya», por Federica Climent Terrer, con 12 grabados y 12 retratos. — «Aventuras maravillosas de Arquibaldo», con dos dibujos y una tricromía. — «La conspiración del Rusillón de 1674», por José G. Acuña, con tres dibujos de J. Llaverías. — «La real yeguada de Aranjuez», por Ricardo del Rivero Iglesias, con 14 grabados. — «Arquitectura moderna en Buenos Aires», por Leonardo A. Bazzano, con cinco grabados. — «Los modistos y la indumentaria femenina», por Alfeñique, con cinco grabados. — «La odisea de Alvar Núñez Cabeza de Vacas», por Alfredo Opisso, con dos dibujos de R. Opisso. — «Ascensión y descenso», por J. C. Bruna, con un dibujo de Apelles Mestres. Publica además las acostumbradas secciones de Actualidades, Modas y Pasatiempos, con una intencionada nota política de R. Opisso.

La Semana Ilustrada. — Con este título ha comenzado á publicarse en Madrid un interesante hebdomadario donde colaboran escritores muy distinguidos. Deseamos al nuevo colega saludable y duradero vivir.

Sagitario. — El cuarto número de esta interesante revista hace un simpático llamamiento á los inéditos, ofreciéndoles sus páginas. Publica artículos de Eloy L. André; «Silencio, Soledad, Carácter», de Jaime Ordóñez; «La conferencia de Dicenta», de Alberto Insúa; «Prosas extravagantes», de Rodríguez Villamil; «Simbólica», de A. González Blanco; «Rubén Darío», de López Orense; «Una aventura de Don Juan», de Rafael Urbano; «Los cazadores de ideas», de Luis de Vargas; «El humorismo», de Mariano Alarcón; «Prólogo á un libro», de J. Gómez de la Serna; «El parlamentarismo». Inserta poesías de Ramón Pérez de Ayala, Pedro y Max Henríquez Ureña y Amado Nervo, y algunos poemas de Longfellow; «Comentarios», por Jaime Ordóñez, y «Revista bibliográfica», por Angel Vegue, González Blanco, Waldo A. Insúa, Sánchez Rojas y otros.

Anuario del Comercio para 1907. — Ya se ha publicado la edición correspondiente al año actual de esta importantísima obra, en la que sus editores, los Sres. Bailly-Baillière é Hijos, de Madrid, tienen puesto tal empeño en mejorarla, que no pasa año sin que se noten fácilmente sus ventajas sobre los anteriores. En el año actual ha ganado, no solamente en el aumento de sus numerosísimos datos, sino en su confección, y sobre todo en las condiciones de peso y volumen, que han sido reducidos considerablemente, puesto que sus editores, sin escatimar sacrificios, han impreso la obra en papel llamado *indiano*, de fabricación inglesa, sumamente fino y de exquisito peso, pero de gran resistencia; papel con el que han conseguido, á pesar de aumentar el número de páginas, reducir su volumen, en tal forma, que solamente nos presentan dos tomos fácilmente manejables.

Por entrar el *Anuario del Comercio para 1907* (Bailly-Baillière) en el año XXX de su publicación, y por los continuos éxitos alcanzados durante este lapso de tiempo, hacen que sea bien conocido de todo el mundo de los negocios. Es el *Anuario del Comercio* una detallada recopilación de cuanto de vida encierra España, Portugal, Cuba, Puerto Rico, todas las Repúblicas hispanoamericanas y Filipinas.

No hay nada más útil ni más práctico para el fabricante y el comerciante, así como para el consumidor, puesto que á su antojo puede conocer, en forma clara y sencilla, cuáles son las industrias que se desarrollan en cada uno de los países que describe el *Anuario*; quiénes los que las ejercen; quiénes los que desempeñan cargos ó tienen profesiones determinadas; quiénes los fabricantes y los agentes, los comerciantes y los empleados, los artistas y los industriales, etc.; puede averiguar quiénes cultivan una misma industria, quiénes son las personas que habitan en una calle y hasta quiénes habitan, casa por casa, Madrid, Barcelona, Valencia, Habana, etc.

En una palabra: el *Anuario del Comercio para 1907* (Bailly-Baillière) da á conocer los nombres de todos los habitantes de España, Portugal, Cuba, Puerto Rico, Repúblicas hispanoamericanas y Filipinas, con indicación de las profesiones que ejercen y domicilios.

Dos tomos encuadernados en tela, 25 pesetas en todas las librerías.

La Semana Teatral

Zarzuela. — El *clou* de esta semana lo constituyen los catorce osos que presenta el bizarro domador Mr. Alberts. Es un «número» trágico que cautiva con la emoción de la muerte.

Se prepara á toda prisa el estreno de una obra original de dos aplaudidos autores.

Apolo. — La misma noche del día en que este número se ponga á la venta, se verificará el estreno de la revista cómica-lírica, en un acto y siete cuadros, de los Sres. Perrin y Palacios, música de Jerónimo Jiménez, titulada *Cinematografía nacional*.

Central-Kursaal. — Hace dos noches «debutaron» con gran éxito los malabaristas cómicos Orlay y Claire.

En la próxima semana se presentará al público en este afortunado *variétés* el célebre artista Marc Horis, quien viene precedido de una gran reputación europea como imitador de las *étoiles* más en boga en los *music-hall* extranjeros. Marc Horis es, además de imitador, un notabilísimo tirador al blanco, sobre el alambre, y hace difícilísimos ejercicios de barra fija.

El decorado y vestuario que trae es lujosísimo; y, dada su fama, bien puede asegurarse que Marc Horis es uno de los artistas más notables que han venido á Madrid.

ESTA OBRA NO SE PRESTA



FRANCISCO VILLAESPESA

EL MILAGRO DE LAS ROSAS

À LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA
MARQUESA DE SQUILACHE

I

La cuadriga avanzaba, al galope, por la amplia vía de laureles y de mirtos poblada de estatuas.

La frescura musical del agua, al salpicar el mármol de las fuentes albeantes entre el verdor metálico de los jardines, mitigaba la caligie estival.

Dyonisios, de pie sobre el carro de húmedo cedro de Ida, fustigaba los corceles. Relinchando sacudían las largas crines blancas y atronaban el suelo con el rítmico y sordo martilleo de sus cascos teñidos de púrpura. Bajo las herraduras de plata, saltaban rotos los guijarros; y el vaho cálido

que exhalaban sus narices dilatadas, voraces sorbedoras de aire, flotaba entre los ramajes y se perdía humeando en el esmalte azul del cielo.

Eran cuatro caballos tyrios, acostumbrados á las aclamaciones triunfales en el estadio de Olimpia, armónicamente estatuarios, dignos de ser unidos por el cincel de Milón al carro de Helios sobre los frisos dóricos del Templo de Delfos.

En los bordes del camino, bajo los plátanos, los niños suspendían sus juegos, é inmóviles, con el disco aún en la mano, contemplaban aquel vertiginoso deslumbramiento de ruedas de oro, hasta que desaparecía, á lo lejos, entre nubes de polvo.

Dyonisios no precisaba de aquella celeridad.

Pero su alma, ávida gustadora de la embriaguez del vértigo, amaba los vuelos desmesurados de la Quimera y las locas fugas de las carreras frénéticas.

Los corceles se detuvieron, por fin, jadeantes y sudorosos, junto al Templo de Afrodita.

Varios esclavos agrupados en torno de una pequeña estatua de la diosa en cuyo plinto se deshojaban coronas de ciclamos y violetas, se acercaron á la cuadriga.

Dyonisios descendió ágilmente, y mientras un lindo efebo le recomponía los pliegues del manto, dijo á Dioscoro, su liberto:

— ¿Y Lais?

— Está cumpliendo sus votos. Ella misma condujo hasta el altar, en una canastilla de flores, las tórtolas propiciatorias. Una pareja de esta primavera, que yo sorprendí, al claror del alba, entre los adelfos del Iliso. Las aves, ateridas de frío, temblaban entre mis manos, y Lais, sacudiendo de su plumaje las últimas gotas de la noche, las metió bajo la túnica, calentándolas entre los senos.

Se acercaron al Templo, reverberante de sol, con la deslumbradora blancura de los mármoles gloriosos. Sus líneas, supremamente armónicas, se recortaban rígidas sobre un triunfo de azul.

Grupos de legionarios romanos, sentados en las gradas, apuraban, á grandes tragos, anchas cráteras de vino mezclado con miel.

Bajo los pórticos, núbiles flautistas ensayaban un aire litúrgico de melancólica voluptuosidad. Sobre la clara gasa de los mantos y entre las largas cabelleras ondulantes azuleaban, con reflejos marinos de turquesa, pequeños ramos de jacintos. La pierna derecha, surgiendo desnuda entre la abertura de la túnica, marcaba el ritmo musical golpeando levemente con el extremo de las sandalias bermejas el marmóreo mosaico del pavimento.

Mercaderes de frutas y amuletos ensordecían el aire con sus pregones insinuantes y agudos, alargados en una canturía monótona.

A veces, se abrían paso entre la multitud cuadrillas de esclavos encorvados por el peso de la carga. Los torsos desnudos sangraban al sol bajo el látigo de los custodios.

Una cortesana, tan gruesa que al andar tenía que apoyarse en los hombros de dos siervos etíopes, verdaderos héroes de basalto, tambaleándose bajo su enorme tiara oriental constelada de gemas, se aproximó á Dyonisios y quiso retenerle por el manto.

Dyonisios la rechazó bruscamente.

Aquella muchedumbre envilecida de filósofos y parásitos, hetairas y mercaderes, le inspiraba una repugnancia tan profunda, que mil veces pidió á los dioses su exterminio.

Pero los dioses habían huido de Grecia. En sus altares se alzaba, ahora, un Olimpo bárbaro y sangriento.

Corrían de boca en boca las más estupendas narraciones.

Unos pastores hallaron la siringa de Pan, rota y olvidada á orillas de una fuente. Al tocarla exhaló un lamento tan triste que huyeron aterrorizados, y, abandonando el rebaño que sesteaba á la sombra de un bosque de encinas, regresaron á la ciudad, lívidos, jadeantes, sin habla, yendo á caer exánimes al pie de la estatua de Zeus, en la cella del Partenón.

— ¡Los dioses se van! — gritaban los filósofos refugiados en las bibliotecas de Alejandría, bajo

la influencia monoteísta de las cosmogonías orientales.

— ¡Los dioses se van! — gemían los oráculos de Cumas y de Eritrea.

— ¡Los dioses se van! — repetían las Pitonisas, lívidas como agonizantes, retorciéndose en las últimas convulsiones de su locura sagrada.

Y este mismo grito fatal y agorero, repercutía también en el corazón de la Grecia.

En todas las conciencias se había hecho la sombra,

bra, y las pupilas, roto el espejo encantado de la fe, ya no perseguían en las aguas, en los campos, en las brisas y en los cielos las huellas fugitivas de las alegres Divinidades.

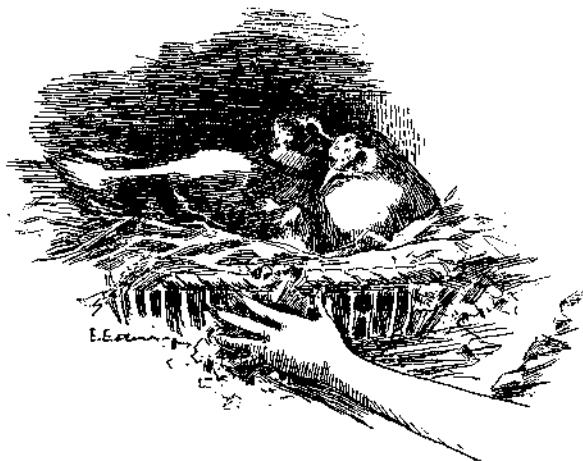
Las mismas costumbres se resentían también de influencias extrañas, y hasta la Belleza había perdido sus líneas impecables, maculada entre los brazos de aquellos bárbaros de rostros feroces y ojos de niños: ojos de claridades azules con turbios reflejos verdes, como el cristal de sus lagos y la corriente de sus ríos bajo el misterio druídico de sus bosques.

Dyonisios palidecía de ira al pensar en tales profanaciones y en la senil impotencia de su pueblo al resistirlas.

Sólo Lais sabía hacerle olvidar estas amarguras.

Recordaba la campestre poesía de su primer encuentro.

Bajo los oros fluidos de un lejano mediodía primaveral, en la calma fresca y olorosa de un recodo florido, junto á la vieja fuente que brotaba á la sombra de los altos laureles, sus ojos, fatigados de tanta deformidad, se bañaron de belleza y de alegría en las formas armoniosas de aquel grá-



cil cuerpo adolescente, que avanzaba majestuoso como al son de una lira, con un ánfora de cobre á la cabeza.

Admirado de los clásicos y puros lineamientos de aquella figura, le preguntó su nombre.

La adolescente alzó los grandes ojos profundos, sus ojos en que revivía el misterio de los antiguos mitos, y le suspiró quedamente, con voz que era como el temblor musical de la brisa entre las hojas sonoras de un cañaveral húmedo de rocío:

— Me llaman Myrta. Tengo trece años y nací en Lesbos, al pie de las rocas que recibieron las últimas lágrimas de Saffo. Soy esclava de Pompilio, centurión romano.

— ¿Y estás contenta?

— Como los ruiseñores enjaulados. Nací griega y amo la libertad sobre todas las cosas.

Y la rebelde energía de esta respuesta acabó de conmoverle.

Al día siguiente se la compró al centurión. Le dió libertad, y recordando el encuentro del divino Apeles con Lais la cortesana, le dió este nombre.

Aquella misma noche, ella, voluntariamente,

vestida con su propia desnudez, fué á llamar á las puertas de la cámara, y con un impudor sagrado se le ofreció sobre su mismo lecho.

— Tómame... Soy tuya...

Y tendiéndole los brazos le atrajo sobre sus senos.

Y desde entonces, la belleza y el amor de Lais le hicieron olvidar las lujurias mercenarias de aquellas abigarradas cortesanas, que envueltas en sus peplos amarillos y con sus pelucas doradas, se ofrecían en la cercanía de los templos y bajo los naranjos de los muelles.

II

En un extremo de la plaza se aglomeraba atenta la muchedumbre.

Un extranjero hablaba, lentamente, con voz severa.

Su perfil se destacaba con el vigor de líneas de un bajorrelieve, esculpido nítidamente en la serenidad azul, sobre el fondo verdoso de los jardines cercanos.

Los cabellos descendían, enmarañados, sobre los hombros atléticos.

Luengas barbas grises solemnizaban la salvaje energía de aquel rostro visionario.



Sus ojos de águila relampagueaban bajo el arco de las ásperas cejas.

Vestía tosco sayal ceniciento, y al hablar, las manos se elevaban, en un gesto de bendición, hacia el cielo.

— Atenienses — decía —, vivís de supersticiosos. Mas en vuestro santuario, también se alza un altar con esta inscripción:

«Al Dios no conocido.»

Yo os hablo en nombre de esa Divinidad que honráis sin conocerla.

El Señor, como Creador del cielo y de la tierra, no habita templos fabricados por la mano del hombre.

¿Por qué, pues, buscáis á Dios, palpando en las tinieblas, como ciegos, si en ninguna parte se halla?

El está, sin embargo, dentro de nosotros.

En El vivimos y nos movemos, y somos, según un poeta vuestro, de su mismo linaje.

¿Para qué esas construcciones fastuosas?

El corazón del hombre puro es el verdadero templo de Dios. Allí no necesita sacerdotes ni sangrientas víctimas.

Ofrecedle, como único sacrificio, la inmolación de las pasiones, y vuestra alma será el altar más agradable á sus ojos.

Para orar debemos encerrarnos dentro de nosotros mismos, y en secreto elevar el espíritu hacia el Eterno Padre.

El está en todas partes, y desde su trono de nubes se inclinará para escucharnos, si semejantes á los niños llenos de fe y de confianza, le decimos:

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre. . .»—

La voz del extranjero se elevaba cada vez más solemne.

Un presentimiento divino estremecía todos los corazones.

Las flautas enmudecieron, y hasta los legionarios dejaron de beber para oírle.

Dyonisios preguntó á Dioscoro:

— ¿Quién es ese hombre?

— Un judío llamado Pablo, natural de Tarso, en la Cilicia, y discípulo de un profeta de Galilea á quien Tiberio mandó crucificar.

Ha causado el asombro del Areópago.

Dyonisios, el filósofo, vencido por él en pública contienda, es hoy uno de sus más fervorosos secuaces. La bella Dámaris abandonó por él su vida licenciosa. Repartió su riqueza entre los pobres, dió libertad á los esclavos, y vestida de pieles se retiró á los montes á hacer penitencia.

Cuentan de él maravillosos prodigios.

Las puertas de las cárceles se abren por sí mismas á su paso.

En Filipos, con una sola palabra, lanzó del cuerpo de una doncella el espíritu pitónico que le poseía. Y á Lidia, la célebre vendedora de púrpura de Tiatira, le curó una úlcera rebelde que le corroía el seno, sólo con proyectar sobre ella la sombra de sus manos.

En Listra había un pobre paralítico de ambas piernas, que sentado á la puerta de la casa, lloraba amargamente su desgracia.

Pablo pasó, acompañado de sus discípulos, y le dijo:

— ¡Levántate y anda! . . .

El paralítico saltó, corriendo loco de felicidad á abrazarse á sus rodillas.

Las gentes gritaron:

— ¡Dioses semejantes á hombres han bajado á la tierra!

Y creyéndole el mismo Zeus, empezaron á aclamarle y reverenciarle con tal escándalo, que tuvieron que intervenir las varas de los lictores.

Todo esto cuentan de él las turbas que le siguen: gente infecta y despreciable.

El Pretor le ha amenazado con echarle á palos de la ciudad si promueve algún disturbio.—

Estas palabras del liberto avivaron la curiosidad de Dyonisios. Se apoyó en una columna, dispuesto á continuar escuchando:

— Vengo á anunciaros la Verdad.

El Señor os avisa para que creáis, porque vendrá día en que seréis juzgados ante la justicia de Aquél que vino á la tierra á morir por nosotros.—

El acento del extranjero parecía poner un sello de fe en los labios.

La muchedumbre le rodeaba absorta.

Los mismos mercaderes olvidaban sus pregones y los asnos cargados de frutas, para mezclarse entre los oyentes, arrastrados por el extraño sortilegio de aquella voz fascinante en su propia austeridad.

Hablaba, ahora, de la Pasión y Muerte de su Divino Maestro.

Repetía las parábolas que Jesús improvisara á la sombra geórgica de las olivas, en campos de trigo, mientras el viento de la tarde hacía ondular suavemente las mieses maduras.

Explicaba uno por uno todos los milagros, y describía la escena de su muerte gloriosa:

— El trueno estremeció las montañas.

Las sombras amortajaron la tierra.

El velo del Templo se rasgó en dos pedazos, y las manos de los muertos, resucitados, volvieron á llamar familiarmente á la puerta de sus hogares.—

Después se puso á referir su historia.

Fué encargado por el Sabendrin de Jerusalén de perseguir á los sectarios de Cristo.

Su severidad había llenado las cárceles de mujeres y de niños.

Sus propios ojos contemplaron el martirio de Esteban, uno de los primeros discípulos.

— Mas aconteció que yendo un día á Damasco, de repente, á la hora en que el sol brillaba más en el zénit, una luz del cielo envolvió mi camino.

Los que me acompañaban se quedaron atónitos, como sumidos de pronto en un sueño profundo.

Mi caballo, espantado, se encabritó, y caí desvanecido al suelo.

Entonces oí una voz que, dolorida, murmuraba:

— ¡Saulo, Saulo! ¿Por qué me persigues?

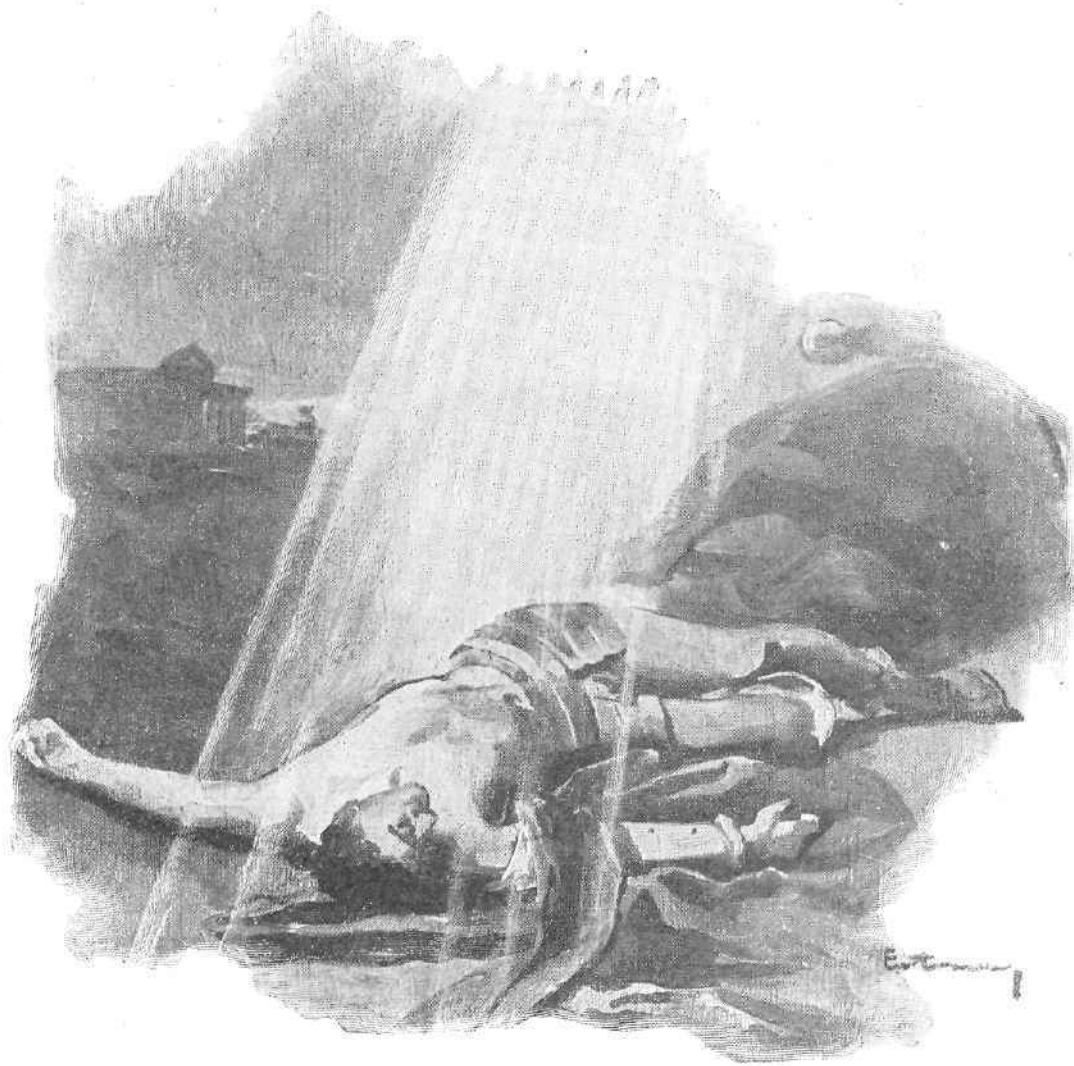
Y la dulce figura de Jesús de Nazaret apareció ante mis ojos, envuelta en claridades tan intensas, que mis pupilas cegaron.

Yo me atreví, al fin, á suspirar:

— ¡Señor! ¿Qué debo hacer?

— Levántate y marcha á Damasco.

De manos de mis acompañantes entré en la ciudad. Allí recobré la vista y me fué revelado mi destino.—



El silencio era tan profundo que se oía el aletear de las palomas que en blancas bandadas cruzaban el azul, y hasta el temblor de alguna hoja seca que la brisa hacía revolotear sobre la muchedumbre.

Pablo proseguía.

Anunciaba la resurrección de la carne, predicando un reinado de amor y paz sobre la tierra:

— ¡Ni esclavos ni señores! Los hombres, todos hermanos, entonando juntos las alabanzas del Señor. —

Un alegre murmullo apagó las últimas palabras del Apóstol.

Lais salía del Templo, flotante el sutil velo de gasa que dejaba adivinar las rosas vivas de su olímpica desnudez.

Los finos cabellos, sujetos y separados en la frente por ancha cinta de púrpura, y recogidos sobre la nuca por largo alfiler de plata, ceñían su cabeza como un casco de oro.

Dos esclavos impúberes le precedían, tañendo flautas; y en torno de ella, coros de doncellas, co-

ronadas de rosas, danzaban, cogidas de las manos, como en una alegoría de la Aurora.

Pablo continuaba:

— Encantos pasajeros de los sentidos, ¿qué sois comparados con los eternos goces del espíritu? —

Nadie le oía. Todos los ojos se volvieron al Templo.

Las flautas dejaron escapar un aire ligero y faunesco.

Lais descendía las gradas con la ritual serenidad de una diosa.

Los collares de falos de oro que serpenteaban alrededor de su cuello, sujetos por una cigarra de esmeraldas, fulguraban al sol en medio de la irradiante blancura de los mármoles y el lino ondulante de las túnicas. Y el milagro de su pierna desnuda, al extenderse para alcanzar los peldaños, resucitaba la euritmia y el blancor de aquellas esculturas gloriosas que en el interior del Templo, entre el incienso y el humo de los sacrificios, se elevaban serenas sobre los plintos, seguras de su inmortalidad.

Los legionarios, ebrios, aullaban de desecho en sus lenguas ásperas y salvajes, levantando en su honor las anchas cráteras.

Las mismas cortesanas arrancaban las flores y las cintas de sus tocados para arrojarlas, como ofrendas, á los pies de la aparición gloriosa.

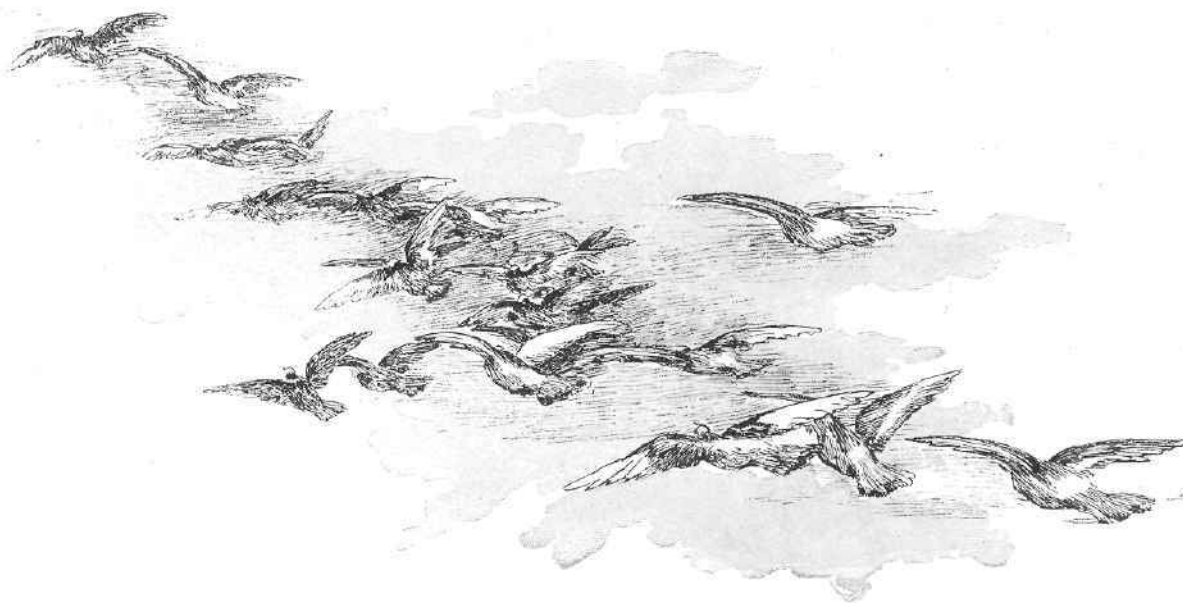
Y en todos los corazones despertaba un sentimiento de veneración hacia la Belleza triunfante y única.

— ¡Afrodita! ¡Afrodita! ¡Embellece con tus ojos nuestras mercancías! ¡Ennoblécelas con el contacto de tus manos!...

Y los vendedores, agrupados en torno de ella,

del Templo se deshojaban lentamente. Y el humo de los sacrificios y el perfume de los jardines de la Diosa impregnaban la suavidad del aire de caricias tan sutiles, que hacían arder bajo las túnicas las carnes, y palidecer mortalmente los rostros en la exaltación suprema del desecho.

El látigo vibró. Los corceles se encabritaron, y relinchando, partieron á galope por la amplia vía de laureles y de mirtos, mientras las últimas llamaradas del incendio solar resplandecían en el áureo escudo de la estatua de Minerva que, vigilante sobre la colina de mármoles gloriosos, apoyada en su lanza, custodia la ciudad.



pálidos de emoción, le tendían velos finísimos, verdaderos tejidos de aire y de luz; alfombras de Persia, joyas egipcias en las que relampagueaba el esmalte de oro de los escarabajos sagrados; espejos de plata bruñida con mangos incrustados de piedras preciosas; resinas y gomas de la Arabia, y abanicos de plumas de avestruz.

A lo lejos seguía resonando la voz del Apóstol con la lenta y austera severidad de un anatema.

Algunos esclavos y varios marineros inválidos, tullidos, astrosos, le seguían escuchando, apretándose en torno de él, como para evitar á sus ojos impotentes el dolor de aquel espectáculo de Juventud y de Belleza.

Dyonisios se adelantó, abriéndose paso entre la muchedumbre con ayuda de las varas de los siervos, y alzando á Lais en sus brazos la condujo, en un noble gesto de orgullo, hasta la cuadriga.

Blancas nubes de palomas ocultaron el sol.

Las guirnaldas que festoneaban las columnas

III

Terminaba el festín.

En la insinuante penumbra de los triclinos, jóvenes patricios, coronados de verbena, acariciaban con sus pálidas manos enjoyadas las ambiguas testas de hermosos ganimedes.

Las cortesanas encubrían el misterio de sus voluptuosidades bajo la gasa de los velos.

Las cítaras gemían extenuadas en un trémolo de besos, y danzarinas orientales, arqueando lascivamente los brazos tatuados, agitaban sus piernas y sus vientres morenos en la embriaguez cataléptica de la danza. Simulaban los divinos estertores de las bacantes en los festivos nocturnos del dios de los pámpanos, ó la sorpresa imprevista de las ninfas al retorcerse de placer entre los brazos robustos de los faunos sedientos de amor y ebrios de vino.

Dyonisios permanecía inmóvil, reclinado en su

rico lecho de marfil y sándalo, extraño á todo, como un sonámbulo extraviado en las profundas marañas de un laberinto.

En vano Lais intentó reanimarle.

En vano las manos de la bella hija de Lesbos, manos irreales de luz y de armonía, enjoadas con su propia belleza, se enredaron en una caricia de suavidad á sus cabellos y las sintió temblar, después, desliziéndose como serpientes de tentación y de fiebre, á lo largo de su carne, bajo la seda cálida del manto.

En vano los ojos amados, cambiantes como las linfas al sol, ojos que, siendo negros, tenían reflejos azules al encenderse, chispas de oro al entornarse y verdores de planta acuática en la estrábica dilatación del deseo; en vano aquellos ojos se abrieron en claridades fosfóricas, mirándole con una fijeza irresistible, húmedos de ternura, extenuados en una invitación desesperada, hasta cerrarse en el divino simulacro, bajo el temblor de los párpados agonizantes.

Los labios temblaron, sangrando besos, como los bordes de una herida fresca, dejando ver entre la nacérea blancura de los dientes la llama sutil y móvil de la lengua, esperando la avidez de los besos mortales. Y los brazos ebúrneos, cargados de manillos de oro, resplandecientes de escamas de pedrería, intentaron inútilmente enroscarse á su cuello, invitándole á apurar sobre las erectas magnolias de los senos el licor sagrado que da la vida y que á veces también causa la muerte.

Los ojos fatigados de Dionisios se clavaron en las hondas pupilas absorbentes, hallándolas tan extrañas, tan otras, que volvieron á cerrarse para continuar mirando en su interior los confusos y remotos panoramas de su ensueño.

Lais inclinó la frente, y curvando su grácil cuello de cisne, besó con suavidad los párpados heméticos, maternalmente, como si fuesen los de un niño enfermo á quien se teme despertar.

Dyonisios sentía su carne muerta en la gárrula banalidad de aquel festín, donde las líneas clásicas de la Belleza saltaron brutalmente rotas, con los pedazos de la primera ánfora que un convidado ebrio arrojó sobre el policromo mosaico del pavimento.

Se daba á sí mismo la sensación de ser alguna de aquellas viejas momias enfajadas de unguentos, que en sus viajes al país de los Faraones había visto tantas veces, presidiendo los más equívocos y escandalosos banquetes.

Su espíritu le abandonaba, arrastrado por ignotos impulsos hacia vértices desconocidos, desde los cuales veía los objetos y los seres como á través de altas aguas turbias.

Y á veces la figura apostólica de Pablo de Tarso aparecía nebulosa, con los brazos tendidos hacia el cielo, como señalándole un nuevo dromo á su espíritu, anhelante de fúlgidas metas de reposo.

Los esclavos cambiaban las últimas coronas á los convidados.

Céleres niñas, desnudas, con los cabellos enmarañados de narcisos, escanciaban con bellos gestos escultóricos, en frágiles vasos corintios, ventrudos odres de Chipre y de Samos.

De los tripodes de plata oxidada subía el humo azuloso de las resinas de Oriente.

La música de perfumes y de agua de los surti-

dores refrescaba la pesadez del aire, mientras la lluvia de pétalos de rosa descendía de los velarios de seda, cada vez más suave, en un revuelo acariciante de alas de mariposas.

Dorión, un joven de ambigua belleza dionisiaca, envuelto en una túnica de púrpura franjeada de oro, pesada y suntuosa como la de un sátrapa, con los brazos, las piernas y las orejas agobiadas de ajorcas y pendientes, levantándose perezosamente sobre el codo, dijo de pronto á Licino, célebre filósofo cínico, que en el lecho cercano se rascaba la áspera y punzante maraña de las barbas:

— ¿Por qué, mi pobre amigo, andas así, desgreñado, descalzo y sin túnica?

— Porque así me encuentro bien. Tengo lo preciso. A mis pies les basta con la tierra que pisan, y á mi carne con este manto raído y agujereado como el de uno de esos mendigos que te asaltan por las tardes, en la vía de los perfumistas y junto al muro de cerámica, inquietándote con la exhibición de sus llagas y con la implorante sámodia de sus súplicas. Mas, ¿crees, por ventura, que mi cuerpo está más deteriorado que el tuyo?

— No. Pero rechazas inútilmente todos los dones que los buenos dioses prodigan, á manos llenas, sobre los mortales, para atestiguar su poder y misericordia. Eres lo mismo que el infeliz desfallecido de hambre, que en vez de aceptar las viandas que una mano caritativa le ofreciera, las arroja á los perros famélicos que vagan hociqueando, al amanecer, en los despojos de los mataderos y entre la basura de los mercados.

— No desprecio nada. Mas no soy como vosotros que amáis lo superfluo sobre todas las cosas, y hacéis de vuestros semejantes asnos de carga, obligándoles á llevar colgadas del cuello vuestras literas.

Las mujeres tienen más necesidades que los hombres, y los débiles más que los fuertes. Los dioses no tienen ninguna.

¿Tú crees que á Hércules y á Teseo les obligó la necesidad á ir sin más vestidos que las pieles de las fieras y de los monstruos que ellos mismos desquijaban?

Poseían las riquezas y el poder, y, sin embargo, quisieron andar así; y antes se dejarían rasurar sus melenas los leones que ellos sus barbas.

Las mujeres, á su lado, sentían el acre y potente olor á macho, y les amaban.

Lais, la famosa cortesana, prefirió siempre las rudas caricias del inmundo Diógenes á los refinamientos del elegante Aristípes.

Vuestro aspecto recuerda al de los bardejos que se ofrecen por unas cuantas baratijas en los muelles de Alejandría y de Corinto, y á la entrada de la puerta de Diflo, compitiendo en fastuosidad con las más ricas prostitutas.

A fuerza de acicalaros habéis perdido la virilidad de las antiguas estatuas. Si hoy no existen escultores dignos del preclaro prestigio de este nombre, es porque han desaparecido las bellas formas heroicas.

Vestís como los hetairas y acabaréis por cubrir vuestras cabezas con las doradas pelucas cortesanas.

Nada os conforma y de todo os quejáis, imperitinentes como niños y lacrimosos como plañideras.



En las antiguas aljabas se enmohecen las flechas, porque vuestros brazos no pueden tender el arco glorioso de nuestros abuelos.

Rechazáis el óleo fortificante y los alegres juegos del gimnasio, ungiendo vuestros miembros con los más exquisitos perfumes y deformándolos en la ociosidad.

En vez de alzaros virilmente contra el poder de Roma, doblegáis el cuello bajo el látigo de los Procónsules. Y desde la cima del Capitolio, la loba romana, señora del mundo, se ríe despectivamente de vuestros gestos de histriones y de vuestros panegíricos de sofistas.

Ignorantes del verdadero camino, seguís sólo el que os marcan vuestras necesidades. Incapaces de domeñarlas, os dejáis esclavizar por ellas.

Os semejáis á aquel pobre hombre de la fábula que montó un potro sin domar.

Un amigo que casualmente pasaba, le preguntó:

— ¿Dónde vas?

Y el infeliz, temblando de miedo, le respondió, señalando su cabalgadura:

— ¡Donde ésta quiera!

— ¡Que no grazne más ese grajo! — interrumpió la voz áspera de un comensal.

Dorión le arrojó una ostra, y Glycera el pedazo de melón que tenía entre los dientes.

Licino sorbióse filosóficamente la ostra y terminó de apurar la raja de melón.

— ¡A bañar á ese perro sarnoso! ¡A bañarle! — vociferó Glycera.

Y las cortesanas, desgrehadas, con los senos colgando por encima de las túnicas manchadas de vino, en una furia infernal de gritos y de carcajadas, se abalanzaron sobre el pobre filósofo, dispuestas á consumir la amenaza en algún pletórico tonel.

El mísero Licino se revolvió ridículamente entre aquellas manos ávidas y febriles, que le estrujaban, arrancándole á jirones el manto y dejando al descubierto, entre los harapos, su áspero pecho de jabalí y sus lanudas patas de chivo.

Dyonisios, que había escuchado las palabras del filósofo como si fuesen el eco de sus propios pensamientos, se levantó rápido á socorrerle, y con la ayuda de sus esclavos consiguió arrebatarlo á las cortesanas.

Las bailarinas, agotadas por el frenesí de la danza, yacían inmóviles sobre ricos tapices de Persia, mostrando su desnudez marchita y estragada entre jirones de velos desgarrados y fragmentos de flautas y de címbalos rotos.

Algunas teas se consumían arrojando temblorosas zonas de luz sobre las paredes pintadas, como sombras de pájaros errantes que vagasen aturridos en el aire buscando por dónde escapar.

La última perla de la clepsidra marcó la media noche.

IV

Después de la fiesta, cuando las literas de los últimos convidados se perdieron á la luz humeante de las antorchas entre los árboles del jardín, Dionisios sintió un intenso deseo de soledad, y evadiendo las caricias de Lais, se refugió en el sereno recogimiento de su cámara.

Una vaga inquietud le atormentaba.

Se sentía desterrado en su propia patria. Grecia era para él una inmensa Necrópolis.

Filósofos y retóricos habían acabado juntamente con la Religión y con el Arte.

En sus Templos, cuyos mármoles blanqueaban en bosques sagrados de laurel, manos fanáticas llegaron á inmolar víctimas humanas en honor de monstruosas divinidades.

Sandalias extranjeras profanaron el misterioso refugio de las Ninfas y de las Musas.

Y hasta sus ruinas eran transportadas en grandes flotas á Roma para adornar como trofeos las fastuosas calzadas imperiales.

Nada le ligaba á aquella sociedad degenerada.

Su mismo amor á Lais, más que pasión humana y ardiente, era sólo saudosa nostalgia de los bellos tiempos pasados.

Sus formas eran las únicas que podrían mostrarse desnudas al sol, en medio de la magnificencia de las insignes estatuas.

Amaba en el cuerpo impecable y en el espíritu amplio y armónico de la cortesana, á la Grecia antigua, al pueblo artista que había sabido colocar por encima de todos los cultos el inmutable y divino imperio de la Belleza.

Algo nuevo alboreaba en su espíritu, confusamente, como un sol de invierno entre las nieblas húmedas del amanecer.

Las palabras de Pablo resonaban persistentes en sus oídos. Iban y venían, sordas y tenaces, como el zumbido turbador y monótono de un abejerro, en el sopor de la siesta, junto á los surtidores borbotantes, bajo la sombra recatada de las vides pomposas.

Aquella vida, aquel mundo nuevo que surgía ante su vista atónita, acabó por subyugarle, adorándole en un ensueño diáfano y tranquilo.

En los lampadarios de bronce la luz aleteaba como un pájaro moribundo.

Las brisas del jardín, entre perfumes enervantes, traían el rumor de la fiesta de los esclavos. Gritos y chillidos, risas y canciones que se alejaban y se perseguían indistintamente, y sobre las cuales, dominándolo todo, resonaba á veces el largo y estridente alarido de los pavos reales.

De pronto, Dionisios abrió los ojos, presa de un súbito y brusco sobresalto, como si una mano invisible lo despertara.

La obscuridad le envolvía, y sólo allá en el fondo, por el hueco de las ventanas, penetraban el

plateado resplandor de las estrellas y el azul profundo del cielo extático.

Un ruiseñor cantaba á lo lejos; y la poesía de aquella música nocturna le impresionó tan hondamente que permaneció largo tiempo inmóvil, como suspenso en el encanto de sus notas, creyendo descubrir en ellas la clave de un misterio.

Y más bella, más precisa, resplandeciente de blancura en el negror trágico de la noche, surgió de nuevo ante su estupefacción la imagen apenas entrevista en las nebulosidades del ensueño.

Avanzaba serenamente, con los brazos abiertos en forma de cruz, por un camino irreal que florecía luminoso bajo el milagro estelar de sus sandalias.

Las manos y el costado manaban tibios hilos de sangre, y su frente se inclinaba resignadamente bajo el dolor punzante y agudo de las espinas.

Llegó hasta el borde mismo del lecho, envolviendo á Dionisios en la piedad ilimitada de su mirar sereno, repitiéndole, como un eco musical y dulcísimo, las últimas palabras de Pablo:

— Encantos pasajeros de los sentidos: ¿qué sois, comparados con los eternos goces del espíritu?

El vió claramente la aparición; había sentido en sus sienas calenturientas la misericordia de las manos taladradas, y hasta su aliento respiró un perfume de infinito.

Aun en sus oídos resonaba aquella voz única, voz de consuelo, que parecía envolverle en un olvido de sedas y de éxtasis.

Recordaba la historia de Pablo, y la voz misteriosa, y la claridad deslumbrante que le señalaron un nuevo rumbo, y creyó que también á él una mano de luz le indicaba el camino, en medio de la noche oscura de su alma.

Saltó del lecho, ávido de afirmar ó desvanecer aquel ensueño, y mandó á sus siervos preguntaran en la ciudad la posada del Apóstol judío, deseoso de conocer las verdades que predicaba, y ser iniciado en aquel culto que hacía del amor principio y fin de la vida.

— Llévadle — dijo — las palomas más blancas, las pieles más costosas, las joyas más caras...

— Señor — exclamó humildemente, inclinándose hasta casi rozar el suelo con las manos, un viejo esclavo galileo —, Pablo no admite más presentes que una buena voluntad. Vive con pobreza, y sólo acepta lo indispensable: un cuenco de agua y un pedazo de pan. Si quieres conocerle, yo te





llevaré al lugar donde congrega sus fieles. En un extremo de la ciudad, bajo los plátanos del Illiso...

Dyonisios partió con el siervo.

El tráfico empezaba á despertar en las amplias vías de los comerciantes y en los alrededores del Mercado.

Grupos de marineros borrachos regresaban al Pireo, canturreando obscenidades y abrazados á la cintura de viejas prostitutas, cuyos flácidos rostros, todos ojeras, reflejaban el cansancio y el agotamiento de las largas noches viciosas.

Algunas literas, rodeadas de esclavos, atravesaban las plazas, de vuelta de alguna orgía sostenida hasta el amanecer. Entre los ricos cortinajes de púrpura y oro, se veían á veces ojos cargados de voluptuosidad, ó pálidas manos enjorjadas que se inclinaban para refrescar su ardor en el perfume matinal.

Los fruteros abrían con estruendos sus barracas, ó descargaban largas recuas de asnos, mientras los recueros desinflan á grandes tragos fel-pudos odres de piel.

En una encrucijada, sombreada de mirtos, la blancura de una estatua rasgaba las humeantes neblinas del alba, mostrando al caminante su plinto cubierto de coronas y de espigas votivas.

Bajo los pórticos del Mercado, vendedores de higos de Smirna disponían en anchas canastillas de mimbre, sobre pomposas hojas de vid, las fragantes mercancías, ensayando sus pregones insinuantes. Y de las entreabiertas barracas de las floristas se escapaba un húmedo perfume primaveral

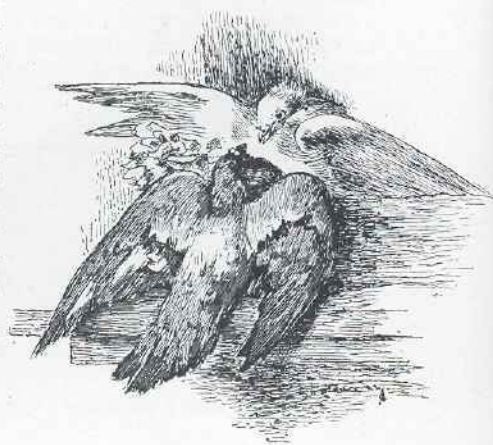
de flores recién cortadas, mientras manos expertas tejían ramos y coronas festoneados de hiedra y laurel.

Los primeros gorjeos de las golondrinas, que desentumían las alas revoloteando en las altas cornisas, se mezclaban con el canto monótono y repiqueteante de las codornices enjauladas.

En algunos umbrales humeaban, sobre tripodes de bronce, braseros de incienso, y las guirnal-das que festoneaban sus puertas parecían revivir milagrosamente en la frescura matutina.

A orillas de una fuente, un rebaño de cabras ramoneaba en los zarzales floridos.

A lo lejos, envuelto en la claridad dorada del día, centelleaba con su blancura intacta de nieves inaccesibles el Partenón. En sus muros resonaban ya los primeros golpes de las piquetas que le despojaban de alguna nueva estatua, de algún friso, para ofrecerlo después en nombre de la Ciudad al Procónsul romano.



Fuera de las murallas, en la explanada sobre el Illiso, bajo los mismos plátanos donde un día volaron las palomas á picar trigo en las manos de Platón, Pablo, sentado en la escalinata de mármol de un templo derruido, hablaba á la muchedumbre.

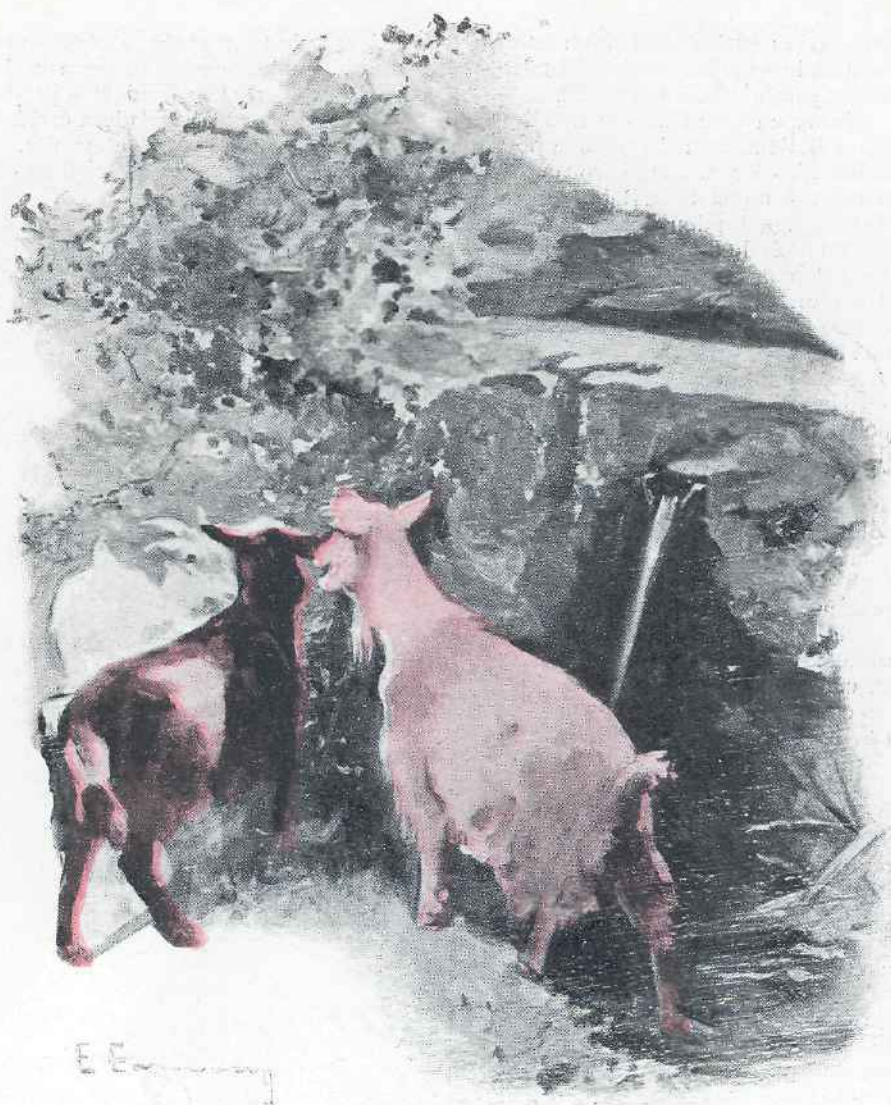
Los primeros reflejos solares bañaban de oro la copa de los árboles, y las últimas neblinas se deshacían en el glorioso triunfo de la luz, humeando allá abajo, en los vallados de los pomares y de los huertos, en las cercas de los jardines y en los bosques de laureles y de adelfas, entre los cuales serpenteaba la plateada corriente del río.

Un perfume intenso á naranjos y limones maduros, mezclado con el vaho húmedo de la tierra mojada y los lejanos effluvios salinos que venían del mar y el aliento cálido de los jardines cercanos, flotaba pesadamente en el aire.

Dyonisios se detuvo un momento.

A su orgullo patricio repugnaba el contacto de aquellas gentes abyectas y humildes que en el más religioso de los silencios escuchaban las palabras del Apóstol.

Eran esclavos escapados de las ergástulas, mostrando algunos, entre las cicatrices de las quemaduras, los sangrientos muñones de los brazos mutilados. Libertos miserables, sórdidos traficantes, jornaleros de manos callosas, marineros de piel tostada por el sol de todas las latitudes; ramerías envejecidas en su oficio, cuyos senos flácidos colgaban por encima de las túnicas descoloridas como frutos secos exprimidos por las manos y por las bocas de todos los caminantes; soldados bárbaros que, bajo las escamas de sus corazas, relucían al sol como monstruos marinos; mendigos, ciegos y paralíticos, entre los cuales se veía á veces, apo-



yada sobre el tronco de un árbol, la austera silueta de algún filósofo. . . Toda la hez de la ciudad y de un pueblo abierto á las galeras de todos los países.

Un olor acre de sudor y de miseria exhalaba aquella multitud abigarrada. Dyonisios sintió una viva ansia de regresar á la ciudad. Una misteriosa atracción detenía sus pasos, y apoyándose en el pedestal de una estatua mutilada se dispuso á escuchar.

Pablo, en medio de un coro de discípulos ávidos, cuyos ojos seguían atentamente las parábolas que en el aire trazaban las apostólicas manos de garra, refería uno de los más bellos momentos del Maestro Divino:

«Resplandecían las lejanas montañas envueltas en la polvareda de oro del sol de Nizam.

Largas caravanas de camellos se perfilaban lentamente entre las arenas calcinadas.

Grupos de mujeres, con el ánfora al hombro, regresaban, cantando, de las cisternas.

Un águila negra, una de esas voraces águilas

que anidan en los altos promontorios de Galilea, cerniéndose majestuosa en el azul, proyectaba móviles sombras sobre la tierra.

Jesús, en compañía de tres de sus discípulos, iba á Betlem, llamado por una pobre viuda, cuyo único hijo agonizaba, invocando febrilmente el nombre de aquel dulce Rabbí de Galilea, tan amigo de los niños, á quien viera una tarde, junto al brocal del pozo de Jacob, curar con el solo bálsamo de sus palabras á un viejo pastor de la Idumea, mordido en el brazo por una serpiente venenosa.

Hablaba de la caridad.

Sus ojos ardían como soles bajo la sombra obscura de las pestañas.

Sobre la túnica blanca con franjas cenicientas, flotaban desparramados sus cabellos. Y el viento de la tarde estremecía y hacía ondular sobre el pecho su larga barba de nazareno, puntiaguda y acaracolada.

«Sé generoso, decía, pero no humilles al desvalido con tu generosidad».

«Cuando des limosna, no mandes tocar delante

de ti trompetas de plata, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas. Socorre en secreto. Aquel que oye y ve en secreto, te recompensará».

Su voz era lenta y suave.

Las mujeres se paraban para oírle, mirándole con los ojos húmedos de ternura. Los niños corrían sonrientes á besar las orlas de su manto. Desde los sembrados próximos, los labradores le saludaban agitando los brazos:

«¡Se están cumpliendo las profecías! ¡Hossana al hijo de David, al enviado del Señor! ¡Hossana!... ¡Hossana!... ¡Hossana!...»

Jesús continuaba:

«No seas como esos ricos, licenciosos y avaros, que alimentan á sus siervos con las sobras de sus festines. Sienta á los desheredados á la mesa

de tu corazón, y comparte con ellos tu pan y tu vino. Si ves á tu hermano llorar, no intentes consolarle con prudentes palabras... Llorar con él... Esta es la verdadera caridad.»

Caminaba lentamente.

Bandadas de cigüeñas brillaban al sol como flechas de oro.

Los rebaños seesteaban á las sombras de las olivas polvorientas.

Un pastor tañía un rabel á compás de una mo-

nótona canción patriarcal, en la que se hablaba de tiendas plantadas en medio del desierto, de noches de luna, de maná del cielo, de leche de camellas y de vírgenes prudentes que encienden su lámpara esperando la llegada del esposo prometido.

Atravesaron campos sembrados, viñedos en flor donde las tórtolas gemían, jardines cubiertos de lirios.

De pronto se detuvieron á orillas de una fuente que brotaba, en un hilo quejumbroso y trémulo, entre la hendidura de las rocas.

En un ángulo del camino, al pie de una cabaña cubierta de hojas secas de palma, un leproso, desgarradas las vestiduras, inmóvil y de rodillas, aullaba lastimeramente con las manos y los ojos elevados al cielo.

Su rostro relucía al sol como un bronce antiguo carcomido por la herrumbre. La frente era una sola llaga. Los labios se caían á pedazos, lívidos y purulentos...

Mateo el Publicano, uno de los primeros discípulos, que era rico en viñas y en ganados y tenía además una tienda de perfumes en el Átrio del Templo, sacó de entre los pliegues de la túnica una moneda de oro, y desde lejos, haciéndola girar en el aire, se la arrojó al leproso.

Pedro, el más rudo y hábil de los pescadores



de Cafarnaum, quitóse del brazo el cesto de las provisiones que llevaba para el camino, y acercándose cautelosamente lo colocó junto al umbral de la cabaña.

Juan, el más joven y bello de los discípulos, el predilecto, aquel cuya cabeza de niño había sido tantas veces acariciada por manos divinas, desprendióse del manto de lino que flotaba sobre sus hombros, y andando con el extremo de las sandalias y extendiendo temerosamente los brazos, lo dejó caer con la punta de los dedos sobre la espalda del leproso.

Sólo faltaba el óbolo de Jesús.

El sol empezaba á declinar, coronando de rosas sangrientas las cumbres de las montañas vecinas.

Unos mercaderes se detuvieron á dar agua á sus camellos.

El Rabbí avanzó serenamente. Su perfil aguilino se destacaba majestuoso, nimbado por el último rayo del sol.

Alzó entre sus manos sagradas la cabeza monstruosa del leproso, inclinó la frente y le besó en los labios.

Los discípulos se quedaron inmóviles.

Los mercaderes, espantados, cayeron de rodillas, con las manos tendidas al cielo... Y hasta los camellos alargaron hacia Jesús sus melancólicas cabezas pensativas, en cuyos belfos temblaba un hilo de agua... >

VI

Dyonisios presentía que algo nuevo iba á florecer en su alma.

La tela de araña del misterio cedía ya bajo la tímida presión de sus dedos ávidos, próxima á rasgarse.

Sus ojos, que sólo habían admirado el ritmo de la línea y la magia del color, se abrían desmesurados ante horizontes infinitos, esperando la realización del milagro.

La excelsa belleza de Lais le inquietaba. Huía de ella. Muchas noches la sintió gemir de abandono, implorante y desfallecida, á los umbrales de su cámara, golpeando inútilmente las puertas de cedro.

El pasado le inspiraba un pavor profundo. Temía el recuerdo, viendo en todo una amenaza y un peligro para su nueva fe.

Las últimas palabras de Pablo, al despedirse una tarde bajo los pórticos del mercado, acabaron de convencerle.

— ¿Qué dirías de un hombre que, al soltar un ave á la libertad del vuelo, colgase de sus alas las más pesadas joyas?

Así los deleites del mundo estorban para llegar al cielo.

Renuncia á todo, y todo será tuyo.

Vete al desierto.

En el silencio de la soledad Dios hablará por



fin á tu alma, purificada por la penitencia de toda escoria terrena. —

Y en la severidad de estas palabras creyó adivinar un mandato tácito.

— ¡Es preciso, Señor, es preciso! Todo cuanto me rodea me recuerda la inutilidad de mi vida.

Y una mañana, cuando los gallos y las alondras presagiaban la aurora, abandonó su morada, sin otros bienes que su cayado y su sayal, camino de los desfiladeros de la Tesalia.

De rodillas sobre un alto peñasco, con los ojos y las manos elevadas al cielo, el penitente oraba.

Nada al principio turbó el uncioso recogimiento de su espíritu. Pero bien pronto las Tentaciones, rasgando las sombras de su memoria, se acercaron, andando sigilosas, á hablarle al oído.

Era toda su vida, que surgía de nuevo, materializada en diabólicas imágenes.

Se vió otra vez amado de los dioses, en plena adolescencia, fuerte y bello, cuando el misterio del sexo no había turbado aún las puras líneas de sus miembros.

Era músico durante el día. Cortaba las cañas más bellas y, combinándolas sabiamente, ensayaba en ellas los rumores que arrancaba el viento á los altos cañaverales animados.

De noche estudiaba el curso de los astros, prefiriendo siempre las constelaciones femeninas. Seguía el rastro de la cabellera de Berenice ó los contornos del cuerpo de las Vírgenes. Encontraba entre ellas y su espíritu afinidades interiores, y contemplándolas recordaba aquella joven desnuda, sorprendida por él en las márgenes del río.

Una noche, á la entrada de un bosque de mirtos, volvió á aparecersele.

A través de las vestiduras sutiles era más vivo é intenso el perturbador encanto de su desnudez.

Sus miembros, largos y opulentos, evocaban la imagen de aquellas grandes ánforas, á cuyos cuellos los aldeanos ceñían coronas de violetas y de ciclamos.

Ella le cantó al oído con una voz tan cálida, que abrasaba su sangre, haciéndola hervir en las venas trémulas.

— Han pasado los tiempos en que las diosas se entregaban á los hombres y los dioses violaban las mujeres. Sólo tú, tan joven y tan puro, podrás darme la ilusión de haber sido poseída por un dios. Las ondas de los vastos ríos me acogieron sin fecundarme, y en vano me ofrecí al alma de Zeus bajo la lluvia candente de los cielos. Mas tú, fecundarás mis flancos que, semejantes á la cuenca de suaves colinas, esperan el empuje del río vigoroso y pródigo.

Y rasgando la túnica, se le ofreció desnuda bajo la alucinante fosforescencia lunar.

El, cayendo de rodillas, quiso colocar sobre la testa, toda tremante, una corona de narcisos, como los aldeanos en las asas de las ánforas colmadas.

Mas ella, resbalando, le acogió sobre sus carnes prepotentes y, en un abrazo extenuante y doloroso, le condujo hasta los últimos límites del placer.

Y después, mil visiones violentas, mezcladas las unas con las otras en gestos y actitudes que apenas recordaba, y sobre ellas, resumiéndolas todas, entrañando en su cuerpo todo el encanto diabólico de la lujuria y del pecado, la imagen de Laís.

Le perseguía constantemente, rozándole á veces con el ardiente recuerdo de su carne tibia y perfumada. La veía, acechándole á orillas del camino, á la entrada de la gruta, tendida al pie de la cruz de madera.

A lo lejos, bajo los pámpanos estremecidos, reían los sátiros burlonamente. Las ninfas, alegres, con sus sonoras carcajadas argentinas, estremecían los claros cristales de la fuente. Y el viejo Pan, saltando ebrio al son de la flauta de caña, hacía danzar, entre sus patas tuertas y lanudas, remolinos de hojas secas.

En las noches de quietud y de silencio, cuando se oyen descender, temblando, los rayos de la luna, la aparición era más alucinante.

Se le acercaba, sonriente, tendiéndole los brazos; erectos los senos de rosa, flameantes los ojos de cantárida.

El, aterrizado, huía. Huía, santiguándose, con los cabellos tendidos al viento, perseguido por su sombra, que tomaba en la carrera aspectos monstruosos.

Atravesaba las montañas, desgarradas las vestiduras, los pies ensangrentados, turbando con sus gritos angustiosos el sangriento ensueño de las fieras.

Por fin se ocultaba, trémulo, entre las rocas, y allí permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, sin atreverse á respirar. Al día siguiente se maceraba hasta que, cubierto de sangre, caía desplomado en su lecho de piedra. Y así, á fuerza de maceraciones y de ayunos, intentó domar las lujuriosas rebeldías de su carne.

VII

Lais, á la sombra de un rosal, acariciaba voluptuosamente los vértices de su seno contra la piel sedosa y tibia, casi viva, de una pantera.

Con las aletas de la fina nariz dilatadas, como para aspirar mejor su propia lujuria, sonreía, humedeciendo la quemadura roja de los labios, con la vivacidad de su lengua de serpiente, acostumbrada al sabor acre de los besos sangrientos.

Las rosas parecían crepitar de fiebre en el hervor del sol, y en torno de los cálices el zumbido de las abejas tenía la turbadora inquietud de un amodorramiento.

A lo lejos, en la paz tórrida de los viñedos, adormecida por la distancia, desfallecía la voz de una flauta, bajo la pereza perfumada y cálida de aquel mediodía estival.

Las cigarras envenenaban el aire con el opio de su sopor somnoliento y pesado.

La cortesana agonizaba bajo la tenaz voracidad de un deseo único.

Su torso se contrajo en un encorvamiento de felino, los senos se plegaron sobre la piel, y por los anchos flancos estremecidos y á lo largo de sus piernas ágiles y egregias, pasaron en un temblor tumultuoso de muerte las últimas convulsiones del deseo.

El sol, filtrándose por los rosales, leonaba con manchas de luz la albura unánime de su desnudez estatuaria.

Hubo una pausa de agotamiento y de reposo.

La carne insaciable de la cortesana pedía besos sobrehumanos. Bajo la herrumbre de oro de las axilas, se dibujaba sobre la piel la curva rosada de los senos.

Toda una vida de voluptuosidad surgía de las profundidades de su memoria, como una alegre fuga de bacantes ebrias escapadas de brazos infatigables y faunescos.

A los doce años, siendo esclava de Pompilio, se dejó violar por un vendimiador á la sombra de los pámpanos lujuriantes.

Recorría aun su carne aquel primer estremecimiento.

Tembló de espanto, hasta cerrar los ojos, al



sentir en los senos aquellas manos velludas y pegajosas que exhalaban un agrio olor á mosto.

Cayó de espaldas bajo el resoplido fatigoso y cálido del sátiro, violentada su carne por un desgarramiento doloroso.

Después, algo así como si unos labios voraces absorbiesen toda su sangre, hasta dejarla exhausta, bañada en un sudor frío, sin fuerzas ni aun para entreabrir los párpados.

Luego, su encuentro con Dyonisios. La noche en que, presa de una viva inquietud, llamó á su cámara y conoció entre sus brazos todas las turbulencias del deseo.

Al recordarlo ahora, su sangre hervía con tal violencia, que sobre la blanca epidermis se esculpía nítidamente el azuloso relieve de las venas.

Y por último, aquella inconcebible fuga del amado... El despertar zozobranante como si un presentimiento le arrastrara... Descalza, apagando en la frialdad del mosaico el ardor de los pies, empujó la puerta, y á la luz grisácea del alba halló la estancia desierta y el lecho intacto.

Recorrió toda la casa, llamándole hasta enronquecer, mesándose los cabellos y golpeándose el pecho como una furia de tragedia.

Y así pasó días y meses, á solas con su locura, interrogando inútilmente al destino.

Mandó cuadrillas de esclavos en su busca, y al regresar, después de varios días, tostados por el sol, ensangrentados por las largas jornadas á tra-

vés de caminos pedregosos, como no trajeran noticias del fugitivo, les mandó crucificar. Y sus gritos de angustia y de desesperación se mezclaron con los ayes y las contorsiones de agonía de aquellos desdichados.

En vano pidió la protección de los dioses.

Sobre el altar de Afrodita humearon inútilmente las más valiosas ofrendas votivas.

Creyéndole muerto, le mandó hacer fastuosos funerales, y cientos de plañideras se desgañitaron en torno de un túmulo digno por su riqueza y su grandiosidad de encerrar las cenizas de Mausoleo.

Al fin, tuvo que buscar en el aturdimiento de los festines el olvido momentáneo de su dolor.

Sus flancos ágiles y robustos soportaron el ímpetu de millares de machos vigorosos. Atenenses de rostro de niños; latinos que palidecían entre sus brazos; hombres rubios del Norte, cuyo abrazo supremo le hacía crujir los huesos, y marineros que la descoyuntaban queriendo saciar en unas cuantas horas las forzosas abstinencias de las largas travesías.

Era, sin duda, la más bella mujer de Atenas.

Los que la habían poseído la comparaban á Afrodita, y no volvían á envidiar á Anquises, amante de la diosa.

Los mercaderes asiáticos abandonaban en sus manos las púrpuras más bellas y las gemas más preciosas. Y delante del umbral de su casa ardieron constantemente dos braseros de incienso.



Un día, ciega, bajó á la ergástula y se entregó á todos los esclavos.

Cuando la dejaron exánime, rendida sobre el pavimento, los mandó arrojar vivos á las piscinas para alimentar á sus morenas.

El recuerdo de Dyonisios le enloquecía.

Lo llevaba grabado á fuego en su carne y en su alma.

Lo veía en sueños, reconociéndole en el ardor insaciable de sus caricias, en la languidez extenuante de sus besos febriles.

Y muchas noches despertó entre los brazos de sus amantes de unas horas, llamándole con los más dulces nombres.

Era una obsesión perpetua de su carne y de su alma, que le hacía á veces recluirse en el silencio de su cámara, para entregarse á su recuerdo en el sueño con la misma impetuosa vehemencia con que se había entregado á sus lujurias en la realidad.

Y surgía de estas soledades aun más extenuada y ojerosa que después de varias noches de orgía.

En vano los espejos de plata bruñida que le presentaban diariamente sus esclavas al vestirla, le hacían ver los estragos que aquel duro amor inexorable iba dejando en su rostro y en su cuerpo.

Aquella inmólacion de su propia belleza le parecía aun poco en holocausto del desaparecido.

Entre todos los hombres que la frecuentaron, no encontró uno solo digno de suplantarle.

Los hallaba ó demasiado débiles ó brutalmente

groseros, incapaces por lo tanto de apagar la sed infinita de amores que le consumía.

En vano apuró los más extraños filtros preparados por viejas Circes.

Las palabras de Dyonisios le perseguían aun en medio de los aturdimientos del placer, irritándola y exasperándola como un enjambre de abejas coléricas y hostigadas.

El eco de aquella voz inefable le sentía correr por sus venas, dilatándose á través de su sangre y abrasándola toda en un anhelo imposible.

Los rosales del jardín se marchitaron y volvieron á florecer tres años seguidos sobre su dolor.

Y el cristal de las fuentes tembló bajo la amargura de sus lágrimas.

Fué á consultar con una hechicera de la Tesalia.

Aquel antro removido y húmedo, como una tumba recién abierta, heló su sangre paralizando todos sus miembros en un estupor de hielo.

En el fondo, al resplandor sangriento y humeante de cuatro teas de resina, el cuerpo sarmentoso de la vieja se retorció en las torturadas espirales de su locura epiléptica.

La boca desdentada contraíase en el furor de las imprecaciones, y su mano esquelética trazaba extraños signos con un caduceo al que se enroscaban dos negras serpientes.

Sobre un trípode de barro se consumían chirriando entre las ascuas mortecinas las entrañas de un cuervo.

Un hedor punzante y grasiento á vísceras quemadas adensaba la pesadez del aire.

En la obscuridad agorera aleteaban sombras de murciélagos y relucían á veces como carbunclos las pupilas fatídicas de los buhos.

Lais sentíase temblar de pavor hasta en la raíz de los cabellos.

La vieja continuaba descoyuntándose en el vértigo de una danza macabra, lanzando de vez en cuando guturales palabras incoherentes.

De súbito quedóse inmóvil, recostada sobre el muro del fondo.

Las dos serpientes, desenrollándose del caduceo, se enroscaron á sus brazos, alargando las achatadas cabezas hasta introducir sus lenguas triangulares en los oídos de la hechicera.

Una ráfaga de viento apagó las teas, aventando las cenizas del trípode.

Y una voz sobrehumana resonó en la obscuridad.

Parecía la voz de la sombra misma:

— Dyonisios vive. Le veo á lo lejos, de rodillas sobre un alto peñasco, orando á un Dios que no es nuestro. . .

Lais no pudo saber más. Pero fué lo bastante

para que una terca esperanza llenase de inquietud y de impaciencia sus horas.

Poco después, un esclavo judío aseguró haber oído el nombre de su señor en un agape de cristianos.

Entonces Lais comisionó á dos siervos para que indagasen su paradero, ávida de arrancarle de manos de aquellos hombres torvos que, á decir del vulgo, profanaban las sepulturas, violaban las estatuas de los dioses y celebraban monstruosos festines nocturnos, inmолando niños y doncellas para aplacar con su sangre inocente las terribles cóleras de su Dios implacable. . .

De pronto resonó en el jardín un tumulto de voces y de pasos precipitados. Y abriéndose camino á través de los rosales, dos esclavos cayeron de rodillas á los pies de Lais, agitando en sus manos el ramo de oliva de las buenas nuevas.

— ¡Alégrate, hija de Venus! Dionisios vive. Las Parcas tejen aun su vida. Un penitente cristiano, á quien hallamos orando, al salir el sol, en la falda de un monte, nos dió noticias tuyas. En el fondo de un valle, entre matorrales agrestes, hace tres años que vive recluido un solitario, cuyas señas coinciden con las de nuestro señor.

Lais no quiso saber más.

En la exaltación plena de su alegría, estuvo á punto de echarse en brazos de los siervos.

Se alzó rápidamente; mas doblegada por lo intenso de aquella emoción inesperada, perdió las fuerzas y tuvo que apoyarse, para no caer, en el rugoso tronco del rosál centenario. Y así, desnuda, bajo la luz gloriosa, semejava una floreal estatua de Venus, cincelada en mármol rosa por el capricho de algún escultor insigne, que quiso ponerla como custodia del arbusto consagrado á su culto.

Algunos pétalos, agostados por el sol, descendieron sobre ella, enredándose en el oro enmarañado de sus cabellos.

Sobre el tritón de pórfito de una fuente, un pavo real, extendiendo las sedas tornasoles de su cauda, atronó el silencio con la salvaje estridencia de sus alaridos.

Enmudecieron asustadas las cigarras, y hubo un momento en que sólo se sintió el palpitar del silencio en los temblores de las aguas y en el estremecimiento cálido de la brisa.

Sobre la frente de Lais revoloteó una paloma, como si le trajese un mensaje de la Diosa.

Lais, sonriente, crédula del augurio, la vió alejarse en el azul, siguiendo con los ojos las sombras que su vuelo proyectaba sobre los rosales.

VIII

Al atardecer del día siguiente, Lais salió de Atenas acompañada de sus esclavos.

Caminó toda la noche por agrestes senderos. Los rebaños, balando, descendían de las negras montañas, entre nubes de polvo.

A veces, turbando el rumor melancólico de las esquilas, resonaban los ladridos de los perros, que, en un claro del bosque, ladraban á la luna.

En torno de las hogueras llameantes, los pastores danzaban al son de los pífanos. Y el eco pastoril de sus canciones se perdía vibrando en las oquedades de los montes y en el mar rumoroso de las selvas taciturnas.

Al amanecer, cuando aun no se habían apagado las últimas estrellas, llegó al retiro del penitente.

Iba vestida con sus mejores galas; ungida y perfumada como para un desposorio.

En sus cabellos, teñidos de añil y ligados con lazos de púrpura, resplandecían cigarras de oro esmaltadas de piedras preciosas.

A sus brazos y á sus piernas marmóreas se enroscaban serpientes de pedrería.

Un velo tan sutil como el aire envolvía en una nube azulada las rosas pálidas de su carne.

Esclavos coronados de pámpanos, pendientes de los hombros pieles de pantera, le seguían, agitando sus tirsos florecientes, cuyas pías de oro describían en el aire augurales parábolas de luz.

La tortuga de Apolo exhalaba la dulzura de sus evocaciones, á las caricias sabias de móviles dedos expertos. Y el alma de Pan resucitaba hecha ar-



monía en los registros de las flautas, bajo el aliento cálido de las flautistas.

Dyonisios, de rodillas, con los brazos abiertos y las pupilas fijas en el cielo, clamaba con voz tan apagada, que parecía venir de las profundidades de un sueño:

— ¡Misericordia, Señor, misericordia para este pobre pecador!

Su rostro demacrado ardía en el fervor de la súplica, pidiendo protección al cielo contra aquellas apariciones monstruosas que se reían de su piedad, aullando de noche en la soledad de su retiro, como hienas famélicas en torno de un cadáver.

¡Lais, siempre Lais! Todos aquellos monstruos tenían algo suyo. Bajo sus pieles de bestia, transparecían las carnes amadas; y los ojos, todos los ojos diabólicos que le cercaban, fosforecían al mirarle, como aquellos que tantas veces había cerrado con sus besos.

Cuando más profundo era su recogimiento, cuando ya casi presentía el soplo del espíritu del Señor, una carcajada sardónica se escapaba de su garganta, como si dentro de él todos los engendros del Mal gozaran martirizándole.

Y su cuerpo entero se estremecía, y el arco de su voluntad temblaba, próximo á romperse, bajo el impulso de aquella risa.

Y un imperioso deseo de huir le arrebatava, de abandonar aquella vida, sintiéndose incapaz de resistir por más tiempo el martirio inaudito de sus flagelaciones y de sus recogimientos.

Entonces parecía que en el aire se abrían bocas para besarle, labios cuyo aliento le erizaba los cabellos, quemándole, envolviéndole en caricias de fuego.

Los brazos de Lais los sentía tenderse á su cuello, desde profundidades desconocidas; y en su carne resucitaban los antiguos ímpetus, y el encorvamiento de su torso era tan violento que hacía pensar en los esfuerzos de los novillos bravíos al ser uncidos por primera vez al yugo.

Pero su espíritu se sublevaba de nuevo contra la tentación, forcejeando con su propia carne, con tal energía, que recordaba los salvajes pugilatos de los primitivos atletas.

El esfuerzo era tan doloroso, que hasta sentía



crugir descoyuntado su cuerpo y estallar la sangre en las venas congestionadas.

Su fervor no admitía tregua. El Enemigo espiaba sus más pequeños movimientos para apoderarse de su alma y torturarla.

Lais se aproximó queda y lentamente.

Sus senos palpitaban; sangre de amor encendía las mejillas, y sus pies, al posarse temerosamente en el suelo, tenían estremecimientos de deseo.

Las esclavas danzaban sobre pieles de pante-ra, entonaban en voz baja las primeras estrofas de un himno á Venus.

La voz de las flautas parecía hecha de suspiros.

Dyonisios tembló de espanto, y sin volver la cara, apretando los ojos y los dientes, en un esfuerzo supremo de voluntad, como queriendo ahogar en la exaltación de sus palabras la tentación de aquella música, salmodió desesperadamente:

— ¡Misericordia, Señor, misericordia!

Los brazos de Lais se enroscaron á su cuello.

— ¡Salve, Salve, Afrodita, hija de los mares, alma del mundo! — cantaban las voces femeninas en su júbilo triunfal, á compás de las liras y de las flautas.

Y la dulzura cristalina de su acento se perdía volando en el cielo sereno, con el primer cántico de las alondras.

— ¡Salve, Salve, Afrodita, madre de Eros, corazón de Olimpo! — contestaban los hombres en un crescendo sonoro, golpeando frenéticos el cuero tirante de los panderos y agitando violentamente los tirsoş cargados de dones.

Dyonisios se volvió lívido, con los ojos desecados, en la locura de aquella aparición más precisa, más real que todas las visiones que antes le perturbaran.

Por su faz corría un sudor de palideces mortales.

En el temblor de sus brazos y en los estreme-

cimientos convulsivos de todos sus miembros, se retorció el más espantoso y cobarde de los terrores.

Rechazó á Lais bruscamente, en un arranque de fiera acorralada por la jauría. Y no hallando otro refugio contra aquella diabólica tentación que se levantaba y corría hacia él suplicante y amorosa con los brazos tendidos y los ojos húmedos de lágrimas, se arrojó en medio de unas zarzas.

El sol se asomó al horizonte como para iluminar un misterio.

Las flautas enmudecieron de repente, y hasta el viento perfumado que descendía de las altas montañas se detuvo temblando.

La naturaleza entera se sobrecoşía ante el estupor del milagro.

Lais cayó de rodillas, inclinándose en un humilde gesto de adoración, hasta besar la tierra.

De las manos aterrorizadas de los esclavos, se escaparon los tirsoş. . .

Las zarzas donde el penitente se revolcaba se iban cubriendo de rosas, de rosas de sangre, cuyos pétalos luminosos se abrían lentamente á los sonos de una música inefable y misteriosa que bajaba del cielo.

Francisco Villaverde

Madrid, Enero de 1907.

FIN

El Cuento Semanal

PUBLICA EN SU NÚMERO PRÓXIMO
LA MADRECITA

Novela, por S. y J. Alvarez Quintero

El Cuento Semanal

NÚMEROS PUBLICADOS

- 1.º Desencanto (novela), por Jacinto Octavio Picón.
- 2.º La sonrisa de Gioconda (bocetos de comedia), por Jacinto Benavente.
- 3.º Aventura (novela), de G. Martínez Sierra.
- 4.º La cita (novela), por Eduardo Zamacois.
- 5.º La guitarra (drama en tres actos, y en prosa), por Salvador Rueda.
- 6.º La maldita culpa (novela), por Antonio Zozaya.
- 7.º Cada uno... (novela), por Emilia Pardo Bazán.
- 8.º Una letra de cambio (novela), por Joaquín Dicenta.
- 9.º Reveladoras (novela), por Felipe Trigo.
10. El alma viajera (novela), por José Francés.
11. La caravana (novela), por Eduardo Marquina.
12. La soledad del campo (novela), por Juan Pérez Zúñiga.
13. Del Rastro á Maravillas (novela), por Pedro de Répide.
14. Guillermo el apasionado (novela), por Manuel Bueno.
15. La espuma del champagne (comedia en un acto), por M. Linares Rivas.
16. Ni amor ni arte (novela), por Pedro Mata.
17. Un sueño (novela), por Amado Nervo.
18. Historia de una reina (novela), por Alejandro Sawa.

Obras de Francisco Villaespesa

Intimidades (2.ª edición).
Flores de almendro.
Luchas (3.ª edición).
Confidencias.
La copa del Rey de Thute (3.ª edición).
El alto de los bohemios (2.ª edición).
Rapsodias
Las canciones del camino.
Tristitia rerum.

EN PRENSA

Carmen.
In memoriam.

TRADUCCIONES

La Reliquia (de Eça de Queiroz).
La Gioconda (de Gabriel d'Annunzio).

Kiosco de „El Cuento Semanal“ (Alcalá 31, acera de Apolo)

Se admiten suscripciones y anuncios. — Se venden números atrasados y colecciones.

Cuanto deseen comunicar con esta Revista pueden dirigirse á nuestro Kiosco.

Café superior en grano (TUESTE DIARIO) 5 pesetas kilo

MANUEL ORTIZ - PRECIADOS 4.

AGUA DE COLONIA CONCENTRADA

Sus condiciones higiénicas, su perfume fino, elegante y permanente, hacen sea la predilecta en los tocadores de buen gusto
ALVAREZ GOMEZ - Calle de Peligros, núm. 1 duplicado

TÓNICO MUSCULAR FORNIATO GRANULADO BELLOT Hortaleza 17, Farmacia

RECOMENDAMOS, POR SUS PRECIOS Y NOVEDADES,
LA JOYERÍA DE M. GONZÁLEZ - MONTERA, 22.

Perfume **CAKE-WALK Ruy-Ram** EL MAS NUEVO Y PERMANENTE
PÍDASE EN TODAS LAS PERFUMERÍAS

CORSES DE NOVIA

LA HURI



CASA DE MODA

VÉANSE MODELOS
Almirante, 15, Madrid.



Carlos Coppel
FÁBRICA DE RELOJES
Fuencarral, 27.
CATÁLOGO GRATIS

CASA ROLDÁN ROPA BLANCA CAMISERÍA

Equipos para novia * Canastillas * Blusas para señora

Los artículos de esta casa se distinguen notablemente por su esmerada confección y sus precios económicos, á la vez de estar las prendas confeccionadas con riquísimas telas. Estas sobresalientes condiciones y el disponer del mas extenso surtido en todas clases y precios, justifica la gran fama alcanzada por los artículos de esta acreditada casa.

● FUENCARRAL, NÚM. 85 - PRECIO FIJO - FUENCARRAL, NÚM. 85 ●

Consultorio grafológico Grachtner

== Respuestas ==

M. Ramuncho, Sevilla. — Temperamento muy bilioso; inteligencia cultivada; sensibilidad rayana en la susceptibilidad; actividad seguida; tenacidad en la acción; naturaleza sincera, pero poco comunicativa, y que se repliega sobre sí misma; descontentamiento de su situación; conciencia justa y generosa; bastante prudencia; cansancio físico; formulismo; habilidad.

Para las consultas reservadas, compuestas de cuatro páginas de carta, analizando detalladamente el carácter del consultante y dando los consejos para la conducta de vida, necesito una carta muy larga ó trozos de escritura de distintas épocas; el precio de la consulta reservada es de 5 pesetas para los lectores de EL CUENTO SEMANAL.

Las Hilanderas. — Naturaleza nerviosa y agitada; gran inteligencia; espíritu cultivado; bastante lógica en el discurrir; carácter muy sensible é impresionable; sinceridad sin expansión; mucha intuición; actividad casi febril; voluntad poco enérgica, pero pacienzuda; constancia; conciencia muy ancha, quizás demasiado, tratándose de una mujer.

Manán. — Si desea usted que le devuelva la carta que me manda junta con la suya, lo haré con gusto, si me lo pide usted, indicándome á qué señas la tengo que dirigir.

Ahi va su retrato:

Naturaleza muy sensible y dada á los celos; temperamento sensual; salud bien equilibrada; deseo de amparar; generosidad bien entendida; voluntad débil y sumisa; amor al dinero; conciencia recta; bastante satisfacción de sí mismo; muy buen gusto; carácter seguro y leal; gran constancia; equilibrio en las facultades.

F. S., Madrid. — Le recomiendo adquiera un ejemplar del *Manual del perfecto desocupado*, y hallará en él cumplida respuesta á su peregrina consulta.

C. T. C., Madrid. — Imaginación exaltada; bondad; buen gusto artístico; mucha lógica; espíritu deductivo; generosidad dentro de la economía; cierta vanidad y desconfianza; voluntad iniciadora con esfuerzos de tenacidad; actividad seguida; espíritu muy fino.

Kleiser. — La ruego me dispense esta tardanza en contestarle; se habían extraviado sus cartas entre otros papeles; las he encontrado y me apresuro á complacerla. Puede usted recoger sus cartas en la lista de Correos hoy viernes ó cuando guste.

Deseo de adquirir; buen gusto artístico; generosidad que sabe contar; temperamento sanguíneo; sensualidad; corazón tierno y bondadoso; buen grado de inteligencia, pero poca cultura; voluntad poco enérgica y propensa á los arrebatos; desorden; impresionabilidad; carácter muy rencoroso; amor al confort.

I. M. O. — Carácter rígido y poco amable; naturaleza más valerosa que tierna; conocimientos variados; aptitudes para la organización; afición á discutir; actividad calmada; carácter rencoso hasta la venganza; temperamento vigoroso y buena salud; bastante egoísmo.

Un intrépido «sportsman». — Carácter muy sensible y bueno, á la vez que firme; prudencia excesiva en la sin-

ceridad; inteligencia muy despierta; habilidad manual; constancia; equilibrio en las facultades; buena memoria; voluntad tenaz y adquisividad; buen golpe de vista; generosidad bien entendida; ideas elevadas. Creo tiene usted facultades para triunfar en las artes de que me habla en su carta, y principalmente para la escultura.

A. Sánchez. — Naturaleza apasionada y muy susceptible; gran actividad física; temperamento sensual; desconfianza; voluntad pacienzuda y constante; espíritu sumamente original; carácter interesado y ligeramente egoísta.

Diego Núñez, Barcelona. — Carácter excesivamente sensible é impresionable; propensión á la mentira por exageración; naturaleza bastante alegre y que se entusiasma fácilmente; imaginación muy desarrollada; mucha prudencia en los negocios; bondad; actividad precipitada; mucha lógica; voluntad dominadora y enérgica; espíritu organizador; generosidad que sabe contar; aptitudes para los negocios; formulismo; poco orden.

Una alavesa. — Gran deseo de adquirir dinero; espíritu de economía; carácter franco y expansivo; cierta timidez; ausencia total de voluntad; equilibrio en las facultades; sensibilidad que sabe dominarse; deseo de agradar; excelente gusto artístico; temperamento poco vigoroso, pero buena salud.

Un sevillano. — Sensibilidad exquisita; actividad febril; temperamento excesivamente nervioso é impresionable; espíritu deductivo; imaginación viva y graciosa; carácter muy rencoroso; prudencia; voluntad débil y, no obstante, propensa á los arrebatos.

J. de Lanuza. — Nervosismo; propensión á los celos; temperamento sobre el que ejerce marcadísima influencia la música; predisposición al suicidio; cierto leve desequilibrio en las facultades; cultura; amor por lo raro y extravagante. Casi puede asegurarse, viendo su letra, que es usted un morfinano.

A las infinitas cartas que tenemos recibidas iremos contestando por riguroso orden de prelación.

== VALE N.º 19 ==

para la Consulta Grafológica

Dos cupones dan derecho
á una consulta * * *

B. Dip. Almería

11-821-VII-mil

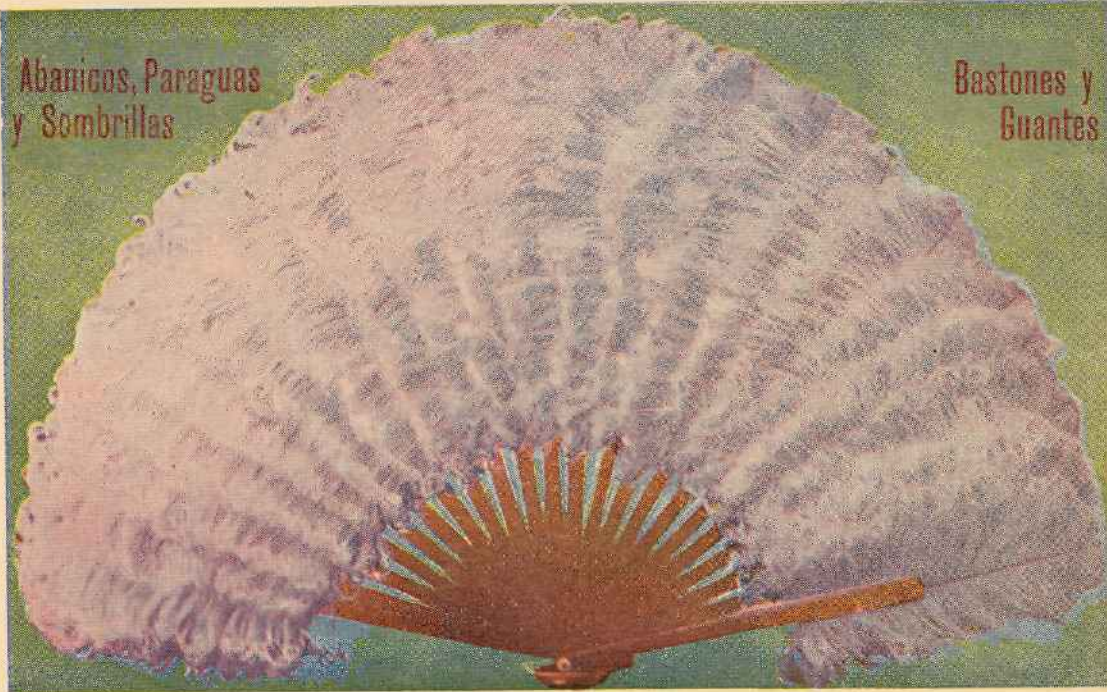


003685

1003685

Abanicos, Paraguas
y Sombrillas

Bastones y
Guantes



R. L. SERRA - MADRID



Casa
central:

Carretas 5

Sucursal:

**Calle de
Esparteros**

(esquina á la
de Postas)